

EL PORVENIR

SEMENARIO TRADICIONALISTA

Franqueo concertado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Año: 4 pesetas.
Trimestre, 1 peseta.—Mes, 0'40 pesetas.
Anuncios: Precios económicos Por ajuste de
trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja
Pago adelantado.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Dirección y Administración: Santa Isabel, 26.

Puntos de venta: En Toledo; Puesto de periódicos de Ramón Garrido, Zocodover, 44. —En Madrid: Kiosko de *El Debate*, (frente a las Calatravas).

Número suelto, 10 céntimos.

La Semana Santa.

Por fin la Semana Santa en Toledo entra en un periodo de reforma y mejora

guirá poner la Semana Santa de Toledo a la altura que reclama nuestra historia y el nombre de nuestra ciudad.

Este despertar del pueblo toledano es un éxito franco de una campaña de prensa. En nuestro colega *El Eco Toledano* aparecieron unos artículos en pro de la

gentes y laboriosos, entre los que figuraba el Sr. Cantos, para que pusieran en práctica la idea y empezaran los trabajos necesarios. La Comisión, no obstante la premura del tiempo, ha hecho verdaderos milagros, y el Sr. Cantos sobre todo ha demostrado una vez más sus extra-

especialmente la Comisión encargada de los trabajos; y como todo esto es consecuencia de la campaña iniciada y sostenida por *El Eco Toledano*, y muy principalmente por el autor de aquellos artículos— persona para nosotros muy querida—, nuestra enhorabuena muy efusiva; es la



necesidad de perentorias reformas en nuestras Procesiones, y a fin de poder acometerlas con probabilidades de triunfo, se proponía que la Cámara de Comercio tomara sobre sí la pesada labor de acometer la empresa. El buen toledano D. Angel Cantos, como miembro de la Cámara, patrocinó la idea y llevó a dicha entidad una moción que fué unánimemente aceptada, y con visible acierto designó una comisión de hombres inteli-

ordinarias dotes organizadoras y una actividad y entusiasmo tan grandes, que, a pesar de los obstáculos y dificultades que tales empresas suelen llevar consigo, su labor infatigable logró vencerlos, pudiendo ofrecer ya para el año actual algunas reformas y no pocos auxiliares y recursos.

Aplausos mil merece la Cámara de Comercio por su eficaz intervención en pro de una necesidad tan urgente, y muy

primera vez que una campaña de prensa consiguió romper el hielo de nuestro pueblo, y justo es proclamar el inmenso éxito alcanzado, que es mayor, porque desde un principio se combatió sañuda y porfiadamente al autor de aquellos artículos, ridiculizando la idea y hasta anatematizando unos procedimientos que hoy tienen la más alta aprobación y hasta los aplausos de los mismos que los combatieron; jamás nadie consiguió tanto.

miento, y, aunque en el año actual no se sientan del todo los efectos de la actividad y del entusiasmo que los patrocinadores de la idea vienen desplegando, se introducirán reformas en las procesiones antiguas, a la vez que se proyecta otra nueva; en años sucesivos, siguiendo, como es de esperar que siga, el interés y el celo visiblemente manifestado por la Cámara de Comercio para hacer algo práctico en nuestras Procesiones, se conse-

A todas nuestras felicitaciones sinceras, sin excluir a los ridiculizadores, porque con la polémica que sostuvieron contribuyeron, sin quererlo, a dar interés a unos trabajos que tal vez hubieran pasado desapercibidos; todos laboraron por el mayor esplendor del culto y por los intereses toledanos, y bien merecen un aplauso que sin reservas tributamos a todos.



¿Simón, dormís?

Y cuenta el sagrado texto que inmediatamente después de terminada la Cena pascual, en la que el Amor de los amores nos quiso dejar para siempre la más valiosa prenda, salió Jesús del Cenáculo acompañado de sus discípulos y encaminó sus pasos hacia el monte de las olivas para dar comienzo a su Pasión dolorosísima.

Quiso el Divino Maestro prepararlos a los extraordinarios sucesos que iban a tener lugar, y así, dirigiéndose a ellos, les dice:

—«Os escandalizaréis todos en mí en esta noche; porque escrito está: heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.

Entonces Pedro, confiando excesivamente en sí mismo respondió:

—Aunque todos se escandalizaran, yo no me escandalizaré.

—En verdad te digo—dice Jesús—que antes que el gallo cante dos veces esta noche, me habrás negado tú tres.

No quedaba muy conforme San Pedro, que se fundaba sin duda en el mucho amor que a su Maestro tenía, y, más fuerte que antes, respondió seguro:

—Aun cuando preciso fuera morir, yo no te negaré.

Y dice el Evangelio que semejantemente iban diciendo los otros Apóstoles.

Llegado que hubieron al huerto, mandó que se quedaran los discípulos a la puerta, y tomando a Pedro, Juan y Santiago, se internó en lo más espeso para hacer oración.

Y empezó nuestro Señor aquella dolorosa meditación. Y fueron pasando delante de su vista tantos sufrimientos, tantos dolores, tantas injusticias, tantas ingratitudes; y vio correr las generaciones entre un torbellino de pecados; y vio amontonarse muchas veces a las multitudes para pedir la sangre del Justo, pero no para aprovecharse de ella, sino para escarnecerla, para pisotearla. Y fué la amargura de aquel cáliz más amarga, mucho más amarga que es para una madre la bofetada de un hijo ingrato.

Y fué tanto el padecer, que la sangre no pudo contenerse dentro de las venas, y buscó salida por todos los poros y humedeció las ropas y resbaló hasta la tierra.

Levantóse de su oración, y yendo a sus discípulos los encontró dormidos. Mientras Jesús oraba, mientras Jesús padecía, mientras Judas y los suyos preparaban la traición, los buenos, los que tanto amaban a Cristo, dormían tranquilos, como si el infierno durmiera alguna vez.

—¿Duermes, Simón?—¿No has podido vigilar una hora conmigo? Vigila y horada para que no entreis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne enferma.

Y a cuántos católicos, a cuántos que se dicen buenos pudiera Jesús repetir las mismas palabras.

—¿Duermes, cristiano?—¿Pero es que no podéis vigilar una hora conmigo?

—¿Es que no os dais cuenta de que mientras dormís trabajan los malvados?

Que hay por ahí una legión de católicos buenos para decir que aman a Jesús, buenos para decir que morirían por él, buenos para decir que no le negarán, buenos para decir.... ¡nada más que para decir! ¡Y no es eso lo que hace falta! El espíritu está pronto, ya lo creo; pero la carne está enferma.

Lo que hace falta es que cuando llegue la hora de la prueba, no nos contentemos sólo con decir. Lo que precisa es que cuando llegue Judas no nos encuentre dormidos.

Que mientras trabaja la masonería, no lo veamos con la más estúpida de las calmas; que mientras trabaja la prensa impía, no haya

católicos que la ayuden, que ya es el colmo de los sarcasmos; que mientras avanza el socialismo, no lo veamos avanzar sin prepararle una zanja.

¿Para qué nos sirven los católicos que sólo dicen, pero no cuando los puedan oír?

Si los Judas sólo digieran... pero el caso es que hacen, el caso es que avanza; y ahí no vale hablar, hay que ser activos, hay que luchar por lo menos hasta cortarle a Malco una oreja.

A esos católicos que sólo hablan no los pongáis delante de una criaducha, no los pongáis delante del respeto humano, porque negarán a Jesús.

Esos son unos, los que negarían a Jesús delante de cualquier sacrificio, cuando les exigirais que dejaran el periódico malo, que dieran el voto a los católicos, que se enmendaran de ciertos vicios.

Hay otros que no negarían a Jesús aunque los pusierais en esas circunstancias. Pertenecen a congregaciones, confiesan y comulgan con frecuencia, rezan mucho, mucho; pero vida activa, vida de sacrificio, vida de apostolado.... ¡Qué van a hacerla, si están dormidos, si están sumidos en indolente apatía entretenidos con sus rezos!

Y hace falta que despierten, que empleen sus energías, que se den cuenta de la necesidad que tenemos de extender nuestra acción hasta la prensa, hasta la escuela, hasta la tribuna, hasta las elecciones, hasta el Congreso, hasta todas las manifestaciones de la vida pública.

Que a los que duermen, cuando les llegue la hora de todas las cuentas, les pasará lo que a los discípulos cuando por tercera vez los encontró Jesús dormidos; no hallarán qué responder, no encontrarán excusas.

A. R.

Institución de la Sagrada Eucaristía.

«Conozco muy bien a los hombres—ha dicho el guerrero más famoso del siglo pasado—; conozco muy bien a los hombres, y confieso ingenuamente que Jesucristo no era un hombre».

Tenía sobrada razón el gran genio de la guerra. Jesucristo no era Hombre solamente. La historia de Jesucristo está sembrada de maravillas y de prodigios. Nació como nadie nace; vivió como nadie vive; obró como nadie obra; habló como nadie habla; murió como nadie muere, y, mientras los demás esperan años y más años en el sepulcro, hasta que suene la trompeta del Ángel que los despierte y los llame a juicio, Él resucitó glorioso a los tres días de su muerte, según lo anunció de antemano.

Todos los misterios que en estos santos días celebra la Iglesia, demuestran evidentemente que aquel Galileo que tan conmovidas traía a las gentes de Judea en tiempo de Tiberio, era algo grande, algo extraordinario. Contemplémosle en el día de la Cena.

«Antes del día de la Pascua—dice el Santo Evangelio—, antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora, la hora de su Pasión, la hora de volverse al Padre, habiendo amado a los suyos hasta el fin.»

¡Cosa maravillosa en verdad! ¡Sabido Jesús que era llegada su hora...! ¿Quién es este Hombre que sabe su hora? ¿Quién es este Hombre que sabe el número de sus días, el lugar y circunstancias de su muerte, y también cuál es su destino? ¿No dicen los libros santos, y lo estamos presenciando todos los días, que la muerte viene como el ladrón, de noche, y que arrebató a los mortales cuando menos lo piensan y cuando más descuidados están? Hay quien cree estar plétopico de vida, y que le restan largos años de peregrinación por este valle de miserias, y forma mil planes y proyectos para el porvenir, y no bien ha concluido su pensamiento, cuando ya es cadáver. Jesucristo sabía su hora, *Nondum venit hora mea*, dijo en una ocasión a sus discípulos. *Iam venit hora mea*, les repitió poco antes de padecer, lo cual indica que se trataba de un Hombre algo más que ordinario. Razón tenían los doctores de la ley cuando, habiéndole oído hablar de niño en el templo, sorprendidos y admirados, se preguntaban unos a otros: «¿Cómo sabe tanto sin haber frecuentado las aulas? ¿De

dónde le ha venido tanta virtud y tanta ciencia? ¿Por ventura no es este el Hijo del carpintero?» Algo más que Hijo de un simple carpintero debía ser cuando sabía su hora, y cuando se dice de Él que «habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin». He aquí la caridad elevada a su más alta potencia; he aquí las cualidades del verdadero amor. Amor desde el principio hasta el fin; es decir, amor en la prosperidad y en la adversidad; amor en todo tiempo y lugar; amor a los amigos y a los enemigos; amor, no de palabra, sino también con hechos. *Non verbo neque lingua*—dice San Juan—, *sed opere et veritate*.

Jesucristo nos amó desde el principio hasta el fin. Así lo dice su venida al mundo, que fué voluntaria; lo dice su humildísimo nacimiento; lo dice su obscura vida; lo dice su dolorosa Pasión y su muerte afrentosa; lo dicen aquellas hermosas cascadas de sangre que brotaron de su inocentísimo Cuerpo; pero nada lo dice tan elocuentemente como la institución del gran Misterio Eucarístico.

No es un acto heroico ni un prodigio que reclame la potencia infinita de Dios el amar a los amigos y bienhechores, pues las panteas y los tigres no están acostumbrados a realizar prodigios, y, sin embargo, acarician a sus cachorros, y los buscan el alimento diario, con exposición de sus propias vidas; pero si es un prodigio y una maravilla muy grande el amar a los enemigos, el amar a los que nos hacen mal, el amar a los amigos traidores cuando se tiene pleno conocimiento de que en su pecho anida la más alta traición. Amar en estas circunstancias sólo a Jesucristo se le ocurrió; sólo Él pudo enseñarlo; sólo Él y los suyos lo han practicado, lo practican y no cesarán de hacerlo mientras haya sociedad y hombres a quienes hacer bien, hasta que el sol se apague y hasta que los tiempos cesen en su inmortal carrera.

Era precisamente la noche en que había de ser entregado, *in qua nocte tradebatur*; aquella noche, lúgubre y sombría, llena de terrores y de espanto; aquella triste noche que vio a Jesús verter un hilo de sangre por cada uno de los poros de su santísimo Cuerpo; aquella triste noche en que acude a los discípulos para que le acompañen en la Oración, y los discípulos se duermen; aquella triste noche en que Judas maquina vender a su Maestro; el primero de los Apóstoles había de negarle tres veces; los sacerdotes de la ley no descansan por llevarle al patíbulo; se acercaba la hora de la más espantosa tragedia, del más horroroso crimen que presenciaron los siglos; se acercaba la hora en que había de sufrir el Impasible y había de gustar el Inmortal, y cosa rara, cosa nunca vista ni oída, ni jamás imaginada por nadie, sabiéndolo todo, conociéndolo todo, hasta en sus detalles más insignificantes; en aquella triste noche en que había de ser vendido y negado y escupido y abofeteado y colgado en un patíbulo, y abandonado y muerto; para vengarse de sus enemigos, hace un esfuerzo, y realiza en favor de sus perseguidores el mayor prodigio de sabiduría, de poder y de bondad que jamás realizara su brazo soberano. En aquella triste noche se sienta a la mesa con todos sus discípulos, toma el pan en sus manos sacratísimas, lo bendice, lo parte y se lo entrega diciendo: «Tomad y comed, este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros». Tomó igualmente el Cáliz con el vino, lo bendijo, y se lo entregó también diciendo: «Tomad y bebed, esta es mi Sangre, que será derramada por vosotros». Grande, muy grande es el amor que una madre tiene a sus hijos, tan grande, que según dice Selgas, «la madre es un rincón oscuro, donde ha de haber escondido algo el corazón humano». «Acerquémonos a este arcano—añade el célebre escritor citado—, pero no debemos pasar del umbral de este misterio. Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?»

Pues bien; muchas generaciones han pasado ya por el mundo; largas son ya las páginas de la Historia, y, sin embargo, en ninguna de ellas se lee que, para alimentar a sus hijos, los haya dado una madre sus propias carnes. Jesucristo dió su Cuerpo y su Sangre como alimento a los discípulos. Y entre ellos estaban no sólo Juan, el discípulo amado, sino también Pedro, el discípulo cobarde, y lo que es más todavía, también es-

taba Judas, el discípulo traidor. Y por mente de Jesús pasaron en aquellos momentos tantos y tantos discípulos cobardes, tantos discípulos traidores como le habían negado y de vender hasta el fin de los tiempos. Nada, empero, le detiene; su corazón ardiente se abraza en amor a los hombres, y por ellos y para ellos instituye la Sagrada Eucaristía.

¿Era éste un Hombre de los que hemos visto y tratado durante los breves días de nuestra existencia? No.

ARENAS.

Puebla de Montalbán, Marzo, 27, 917.

Arrepentimiento.

Deja, Señor, que mi alma arrepentida, cansada, jadeante, amarga y triste, venga a llorar su licenciosa vida ante la Cruz en que por mí moriste.

Cuántas veces, Señor, tu voz oí entre el tumulto de la alegre orgía, otras tantas tu voz desatendí en lo interior de la conciencia mía.

Ciego corrí tras el fugaz placer, persiguiendo anhelante sus dulzuras; ciego corrí hasta que me hiciste ver que en él no hay más que penas y amarguras.

Sonó tu silbo suave a mis oídos, cual Pastor amoroso que llama a su ovejuela descarriada, y luego, presuroso, acudí arrepentido a tu majada.

Héme aquí, Pastor Santo, a tus plantas postrado y abatido, bañado el rostro en penitente llanto, y el pecho de dolor y pena henchido.

Mas, ¿qué veo, Señor? Tu rostro ajado por el polvo, la sangre y tus sudores; ese rostro divino, do han tomado su hermosura y olor todas las flores.

Incierta y vaga tu mirada tiendes por la anchura infinita del espacio, esa mirada pura con que enciendes en el cielo los globos de topacio.

Enclavados los pies en un madero, extendidos los brazos bienhechores, mostrando estáis, Señor, al mundo entero que buscado háis por él muerte de amor.

Esa Sangre divina que a torrentes corre regando el mancillado suelo en vapores ardientes,

ya la veo elevarse al alto cielo, y bajar como lluvia bienhechora de gracia sobre mi alma pecadora.

Bien conozco, Señor, que mis culpas crueles y sin cuento os pusieron así, ¡yo me arrepiento!, y exclamo traspasado de dolor:

Deja, Señor, que mi alma arrepentida, cansada, jadeante, amarga y triste, venga a llorar su licenciosa vida ante la Cruz en que por mí moriste.

M. D-COROVÉS.

El triunfo de la Iglesia.

Después del beso traidor que los labios inmundos del malvado Judas estamparon en la faz serena y augusta del Divino Jesús, las turbas y los sayones se apoderaron del hermoso Nazareno, a quien sus discípulos amigos abandonaron por completo, dejándole en el mayor desamparo y la más triste soledad.

Ni las maravillas que habían presenciado ejecutadas por un hombre omnipotente, ni las sublimes enseñanzas que escucharon de labios divinos, ni los ejemplos que pudieron aprender del más perfecto de los hombres, ni el cariño dulce y paternal que les profesó el pecho más puro de los humanos, ni la amistad, ni el respeto, ni la veneración que sentían por su singular Maestro fueron suficientes a detener los pasos y la veloz huída de aquellos hombres que el Hijo de María escogió, como más íntimos, para que fueran testigos de sus congojas y sufrimientos, no obstante haberles prevenido de la necesidad de orar para hacerse fuertes ante el peligro.

Huyeron sin rubor y despavoridos los discípulos más amados de Jesús a las primeras amenazas contra su Maestro, dejándole sólo

Verdaderamente

el Hijo de Dios era este!

No es el escepticismo, mal exclusivo de nuestros tiempos, en los que, para dar asentimiento a algo, es necesario aquilatarlo y comprobarlo con arreglo al más minucioso examen: hoy, lo mismo que en los más remotos de la Historia, los dogmas fundamentales de nuestra sacrosanta Religión, y los hechos cumbres de su Divino Fundador, son negados por unos, y puestos en duda por otros; sin que al hacerlo, nadie se cuide de investigar la verdad o falsía de tales acontecimientos; ni se preocupen de si cometen con su conducta una acción vil o laudable; niegan o dudan sin otra razón que su capricho, y sin darse cuenta del enorme ridículo en que por su ignorancia o maldad incurrirán.

La perversidad y el desconocimiento que de la Religión se tiene, influyen de un modo poderoso en la falta de fe, hasta el punto de que realidades perfectas y completamente comprobadas por la Historia de la Humanidad, son negadas por los mismos que admiten, sin ningún género de duda, los hechos de la vida de Sócrates, Platón, Cicerón, César, Alejandro, Luis XIV, Napoleón, etcétera, etc., no obstante estar menos comprobados que los de Jesucristo.

Jesucristo, centro y eje alrededor del cual giran todos los destinos humanos; objeto del amor más encendido, y del odio más reconcentrado de las criaturas, y por quien millones de hombres darían su vida; fin de todas las empresas, y materia de todas las contradicciones. Jesucristo, cenit que en el horizonte de la vida se eleva para ser el límite de la humanidad antigua y culpable, y punto de partida de la humanidad regenerada y salvada por los vivificantes rayos de la Cruz, desde la cual ofreció su vida al Eterno Padre en holocausto de nuestros pecados. Jesucristo, víctima infinita, que se ofreció voluntariamente a Dios en satisfacción condigna y rigurosa, para obtener la reconciliación de los dos extremos que un abismo separaba, la santidad de un Dios ofendido y la miseria de un hombre ofensor. Jesucristo, en fin, que murió en lo alto del Gólgota en cumplimiento de la misión divina que su Eterno Padre le encomendara al unirse hipostáticamente a la naturaleza humana, y que, con su muerte y resurrección, puso de relieve su Divinidad; a pesar de aparecer ésta de modo refulgente y esplendoroso, hasta el punto de que, sin negar la evidencia y la verdad, garantida por el testimonio de todos los tiempos y edades y comprobada perfectamente por la Humanidad, no se la puede desconocer, y sin embargo, los racionalistas y escépticos de todos los siglos, pretenden con falacias y utopías negar la Divinidad de Jesucristo que, con caracteres sin igual, apareció en el momento de inundar al mundo con oleadas de amor infinito desde lo alto del madero de la Cruz.

Ningún hecho de la vida de Jesucristo prueba de modo tan concluyente su Divinidad como su muerte y resurrección gloriosa, y ninguno, a su vez, tan tangible y elocuentemente demostrado por el transcurso de los tiempos.

Jesucristo, queriendo confundir la incredulidad de los que, a pesar de ver tantos milagros como hacía para evidenciar su misión divina, lo atribuían al poder del demonio, les dijo: *Siquiden ex fructu arbor agnoscitur*. Matheo, cap. 12, v. 34; esto es, como expone San Jerónimo: «Reconoce el fruto, y confesad, que aquel árbol es bueno, que produce buenos frutos, y al contrario: Por lo cual si el diablo es malo, no puede hacer obras buenas. Y si las obras que yo he hecho son buenas, no puede ser su autor el diablo; porque lo que es bueno, no puede proceder de un principio que es malo, y al contrario»; y al mismo tiempo, para convencer a los incrédulos judíos, y adelantarse al juicio de todos los hombres, accediendo a la petición que los Escribas y Fariseos le hacían de una nueva señal de su Divinidad, y por consiguiente de la Religión y misión que predicaba, mucho antes de que se consumara el misterio de nuestra redención, pronunció estas memorables palabras, que se leen en S. Math., c. 12, vv. 39 y 40: «La generación mala y adúltera (incrédula) señal pide; mas no le será

dada señal, sino la señal de Jonás el profeta. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra».

Así pues, su muerte y permanencia en el sepulcro es anunciada con anterioridad al suceso, con la circunstancia de determinar los días que en él había de permanecer, y ante semejante argumento, el Apóstol San Pablo a los Corint., c. XV, vv. 14 y 15, dice: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe. Y somos hallados por falsos testigos de Dios; porque dimos testimonio contra Dios, diciendo que resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si los muertos no resucitan»; por consiguiente, si Cristo, en confirmación de su Divinidad, y misión, murió y resucitó, demostrado queda de un modo clarísimo que era Dios y Hombre al mismo tiempo; pues si solamente hubiera sido Dios, era imposible que pudiera morir, porque Dios es inmortal y eterno; y si solamente hubiera sido hombre, de ningún modo hubiera podido resucitar por su propio poder, porque el hombre es mortal y finito.

¿Y murió realmente Jesucristo? Los hechos, con la fuerza abrumadora que tienen, lo confirman. Los evangelistas, que minuciosos y detalladamente narran la Pasión de Cristo, con todos los memorables acontecimientos en ella ocurridos, así lo atestiguan. La Iglesia, maestra infalible de la verdad, lo hace artículo de fe, y es de necesidad creer que fué muerto y sepultado. El pueblo judío, que, ávido de sangre, presenciaba los suplicios del Redentor, sin que bastaran a saciar sus ansias de crucifixión el «estado lamentabilísimo en que el Divino Jesús había quedado, desgarrado por los azotes, hasta el punto que temiendo Pilatos muriera atado a la columna donde le estaban flagelando los sayones con fuertes golpes, de cuyas heridas manaba la sangre a torrentes, mandó suspender el suplicio y tormento tan atroz, echaron sobre sus hombros un manto de escarlata, pusieron en su cabeza una corona de espinas y colocaron en sus manos una caña, y en esa forma, creyendo ablandar al populacho con el aspecto lastimoso de Jesús, le mostró a la muchedumbre diciendo: ¡Ecce homo!; pues bien, ese pueblo deicida que, acuciado por los Escribas y Fariseos, gritaba sin cesar: «Crucifige. Crucifige eum, y caiga su sangre sobre nosotros»; ese pueblo, repito, prueba de modo indubitable cómo Cristo fué crucificado y muerto.

Los soldados que rodeaban la Cruz donde el Salvador del Mundo entregaba su espíritu a Dios, ante los estupendos milagros y hechos sobrenaturales que concurren en su muerte, espavoridos y llenos de estupor, exclaman: «¡Verdaderamente el Hijo de Dios era este!».

La lanzada que en su purísimo costado recibiera, ya enclavado en la Cruz, era por sí sola suficiente para causarle la muerte.

La investigación que hace Pilatos sobre el sepulcro de Jesús, mandando poner guardias para evitar que sus discípulos pudieran llevarse el cadáver y decir después había resucitado.

Testimonios son estos que prueban, sin género alguno de duda, que Jesucristo murió y su cuerpo fué encerrado en un sepulcro.

¿Y Jesucristo resucitó? Hablen los soldados que Pilatos colocó en el sepulcro para custodiarle; las mujeres que, temerosas de no poder levantar la piedra que cubría el sepulcro, se dirigían a él para depositar los ungüentos y esencias que habían adquirido, y la hallaron levantada y el sepulcro vacío; los Apóstoles Pedro y Juan, que no encuentran el Cuerpo de su Divino Maestro, y creen le hayan robado los judíos; los discípulos, que se le encuentran en el camino del castillo de Emman; el Apóstol Tomás, que no cree mientras sus manos no toquen el Cuerpo de Cristo, y mete sus dedos en las heridas; la aparición a María Magdalena, bajo la figura de un hortelano, y, en fin, todos aquellos a quienes Jesucristo se apareció después de su resurrección gloriosa, con los cuales conversó, comió y bebió, y todos ellos nos dirán que el hecho de la resurrección de Cristo es una verdad innegable, a la que todo hombre tiene que rendir acatamiento, y confesar que ella es la prueba más elocuente de la Divinidad de Cristo y de su divina misión y religión; como lo hizo Rousseau en un momento

de lucidez, diciendo: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios».

Y si el cielo, la tierra y el infierno doblan sus rodillas para adorar a Cristo Crucificado, doblemos también las nuestras ante Él, que nos dió la prueba más grande de amor que entendimiento humano puede concebir, y hagámonos dignos de su sacrificio infinito, y Él, que fué la Hostia propiciatoria que se inmoló en lugar nuestro, por nuestros pecados e iniquidades, y sigue inmolándose en los altares, nos santificará y purificará más y más con su sangre preciosa; y los que no amen y crean en Cristo, estudien, mediten y consideren los hechos de su pasión, muerte y resurrección, que, cual ninguno de Cristo, nos prueba su Divinidad; y puesto que son hechos perfectamente aquilatarados y pasados por el crisol de la verdad y de la historia, ante su convencimiento no sólo darán asentimiento a la fe y creencia en Cristo y su Religión, sino que, humildemente, caerán también de rodillas confesando la Divinidad de Jesucristo.

RAFAEL LUGO,
Económico de La Estrella.

La Cruz de la vida.

*Qué bien supo decir aquel que dijo
que la vida del hombre lucha era;
que es el mundo lugar de sufrimientos,
y ancho valle de lágrimas la tierra.*

*Padecer y luchar es el Destino,
la infeliz condición, la triste herencia
de los hijos de Adán, los desterrados
de su dichosa Patria verdadera.*

*Todos sujetos al dolor nacemos:
lo mismo el noble que entre Holanda y sedas
mece su rica, venturosa cuna,
que el misero mortal que en fría cueva
envuelto yace en andrajosas ropas.*

*Todos marchamos con la Cruz acuestas
hacia el Calvario de la triste tumba,
por caminos de abrojos y malezas.*

*Pero nunca el dolor debe abatirnos
ni acobardarnos nunca la miseria;
en el deber con la mirada fija
y la esperanza en nuestra Patria puesta,
debemos firmes caminar, hollando
con pecho varonil todas las penas.*

*Negras traiciones, amistades falsas,
calumnias viles, deshonor, afrentas,
desengaños, desprecios y dolores,
hambre, abandono, desnudez, pobreza,
enfermedades, agonías, muerte,*

*todas las cruces que los hombres llevan,
a unos pacientes, renegados otros,
sin que arrojarlas de sus hombros puedan;
todas, si el hombre las acepta humilde,
las hará sobre sí más llevaderas;*

*todas más suaves, si animoso sigue
del Nazareno las sangrientas huellas,
que con la Cruz de nuestras graves culpas
del monte sube la empuñada cuesta.*

*Mirando a Cristo, los dolores calman,
y el alma cobra sobrehumana fuerza:
Véngannos, pues, torrentes de amargura;
tribulaciones sobre el pecho lluevan;*

*lejos de ser fatiga y desaliento,
serán peldaños por do el alma ascienda
al monte santo de la eterna gloria,
donde el dolor y el malestar no reinan.*

*A la Cruz, abrazados, ¡adelante!,
que la Cruz voluntaria es más ligera.*

JOSE ALONSO.

Carpio de Tajo y Abril, 1917.

“Stabat Mater,”

Rápida.

Por el áspero camino que guía a la cumbre del monte de la Muerte, lugar del tremendo suplicio, desde donde se divisa Jerusalén, la ciudad de los grades destinos, como alguien la llamara, y siguiendo las huellas sangrientas del Hijo muy amado, va una mujer exhalando dolientes suspiros y vertiendo abundantes lágrimas que, al regar su faz, conviértense en otras tantas perlas.

El astro-rey que poco há lucía sus esplendores en el firmamento, escondió sus rayos, y el crepúsculo semeja un incendio de rubíes sangrientos sobre un fondo azul oscuro.

La naturaleza tiembla; el céfiro, que suave

acariciara las flores de los valles, háse tornado en huracán formidable, y ruge, y sus gidos son notas potentes de un himno trágico que el mundo canta por la muerte de Dios.

El regato cristalino que, destrozándose por peñas, prestara frescura al campo esmaltado de violetas llorosas, rosas de luz y siempre vivas, es ahora tromba terrible, inmensa catarata que derrama pordoquier y arrolla cuanto a su paso se opone.

Todo tiembla y se conmueve; pendiente de una Cruz, está un hombre, y ese hombre es Cristo, el que pasó por la tierra haciendo bien, el que derramó una lágrima sobre el pecho del desvalido, el que perdonó a los que le injuriaban, el hijo del Eterno; en su palabra: Dios.

Háanse cumplido todos los símbolos del Testamento Viejo, y Cristo va a morir; su Cuerpo Divino azotaron hombres sin entrañas; y su cabeza sacrosanta coronaron agudas espinas, y hasta hubo un osado que puso su mano sobre aquel rostro donde se trataba el cielo como en límpido espejo.

La sombra ha cubierto con su manto negro más que la noche, el haz de la tierra; por espacios cruzan, como formas fantásticas, jizas celebrinas y el trueno hace estremecer las entrañas del Gólgota; el populacho ha tisecho sus iras y enconos de chacal hambriento, en la persona del Redentor, y después de gozar en los espasmos de su trágica agonía y en el dolor sin igual de su cuerpo espíritu, ha abandonado aquel lugar, y mora abajo, baja disperso.

Su corazón sigue obstinado: ¡Es de como la rocas ingentes del monte del sacrificio!

Todo ha quedado en silencio: como tierra pasionaria, así está la Virgen abrazada a Cruz de su Hijo, y traspasada su alma por espada del dolor.

Bajo la bóveda oscura del firmamento sola, como flor que se muere en el olvido, está la Madre con la faz macilenta y tris por angustia mortal, besando aquel madero del cual pende su Amor, rígido, sin aliento, lleno de heridas, y rasgados sus pies y sus manos.

Habíanse abandonado sus discípulos aquellos por él escogidos para que le contasen delante de los hombres.

Jerusalén, la ciudad deicida, está envuelta por la niebla; sobre ella pesa la maldición de Dios.

Y en la cumbre del Calvario, sola y triste, con tristezas de muerte, está la Virgen, abrazada al santo madero, humedeciendo con sus lágrimas el leño sacrosanto.

Sola estás, Madre mía, en medio del mayor desamparo; mas, qué digo; ¡no!; no estás sola, porque mi corazón de creyente te acompaña en esos instantes de supremo dolor.

MANUEL MENA TIERNÓ.

Toledo 1917.

DOLOROSA

SONETO

*Se han cumplido de Dios los altos fines
y el Hijo de su amor, entre oleadas
de una turba cruel, muestra sangradas
mil heridas, que besan querubines.*

*Las cuerdas de celestes violines
han suspenso sus notas variadas,
y al fijarse de Cristo en las miradas,
lloraron de dolor los serafines.*

*Abrazada a la Cruz, y con tristeza
como lirio tronchado por el viento,
una mujer está toda llorosa.*

*Ha temblado la gran Naturaleza
por la muerte de Dios, y el sufrimiento
reconcentrado está en la Dolorosa.*

ROGER DE FLOR.

Por estar este número dedicado a enaltecer los sublimes Misterios de la Pasión y Muerte del Redentor de la Humanidad, suprimimos la publicación de trabajos que nos al fin indicado.

IMPRENTA DE RODRIGUEZ Y HERMANO.